

CAMINOS DE ESPERANZA PARA LA VIDA RELIGIOSA  
EN LA REPUBLICA DOMINICANA

JOSE LUIS SAEZ, SJ.

Nadie pone en duda, como afirmaba hace ya treinta años Monseñor Juan F. Pepén en su ensayo histórico *La Cruz señaló el camino*,<sup>1</sup> que la Iglesia Católica contribuyó a la conformación y consolidación de la nacionalidad dominicana. Por la misma razón, no es aventurado decir que las órdenes religiosas han desempeñado un papel semejante —aunque no siempre con “saldo positivo”— en la conformación y consolidación de la vida social y religiosa del pueblo dominicano durante más de cuatro siglos: desde el siglo XV al XVIII, y desde la segunda década del siglo XX. Por eso, hacer la historia de la Iglesia dominicana y sus avatares, es contar la historia de las órdenes religiosas que han tomado parte en la evangelización y promoción de este pueblo.

Este recuento, enaltecedor y lleno de gloria a veces, vergonzoso y gris oscuro en otras ocasiones, es imprescindible para poder trazar la meta a seguir en este último cuarto de siglo y en el tercer milenio, aunque no seamos nosotros mismos los que podamos verlo o ser agentes directos de su historia.

El recuento de la carrera de la vida religiosa en la República Dominicana y su significado en la más amplia Historia de la Iglesia Dominicana, debe comenzar por un intento de periodización, que no siempre coincidirá con la historia de otras naciones de habla castellana de este lado del Atlántico, por las circunstancias históricas y, sobre todo, políticas, propias de nuestro pueblo.

Creo que, al menos con fines didácticos, podemos dividir la evolución de la vida religiosa en Santo Domingo en cuatro períodos o etapas: la primera etapa —que llamaríamos de *evangelización*, cubre el período que va desde la llegada de los primeros evangelizadores en 1502 hasta la época del “traspaso” de la isla a Francia en 1795. El segundo período o etapa, que podríamos llamar de *supervivencia*, coincide con las luchas independentistas, y se extiende de 1808 a 1916. El tercero es el período de *reconstrucción*: se inicia con la intervención militar norteamericana de 1916 y concluye con la liquidación de la tiranía de Trujillo en 1961. Por fin, el cuarto período, o período de *búsqueda de la*

*identidad*, se inició con el ensayo democrático de 1962 y, a no ser que estemos demasiado cerca para poderlo ver en perspectiva, aún sigue vigente.<sup>2</sup>

## PRIMERA ETAPA: EVANGELIZACION

Aunque ya en 1493 llegan el Vicario o Delegado Apostólico, Fr. Bernardo Boyl, múnimo de San Francisco de Paula, y el lego jerónimo, Fr. Ramón Pané, sin embargo, la verdadera actividad misionera estable, no se inicia hasta 1502, precisamente por el establecimiento del primer gobierno estable —el de Ovando—, la llegada de los franciscanos y el establecimiento del primer núcleo de mercedarios "vagos", es decir, prófugos de sus conventos españoles por desavenencias con los superiores.

Entre 1502 y 1510, dieciocho franciscanos, belgas en su gran mayoría, monopolizan prácticamente la actividad religiosa de la colonia, hasta que ese mismo año 1510 llegan los tres primeros dominicos. Aún tendría que pasar un año más para que llegara el primer obispo residencial, Don Pedro Suárez Deza, obispo de La Vega. Cinco años después llegaría el pomposo arzobispo italiano Don Alessandro Geraldini, para hacerse cargo del gobierno de la diócesis de Santo Domingo.

Entre 1516 y 1519, el gobierno recae en la persona de religiosos importados. Los padres jerónimos, enviados por el regente Cardenal Cisneros, intentaron salvar la administración del gobierno colonial e incluso soñaron con el establecimiento de una especie de reforma agraria o, quién sabe, si un anticipo de lo que serían las reducciones de América del Sur en el siglo XVII. Es decir, durante estos diecisiete primeros años, los religiosos están al frente de la actividad social y religiosa de la isla, que pronto se extendería a la educación.

En 1532 se hacen los primeros intentos de crear instituciones superiores de enseñanza en la colonia, que coinciden con la aparición de las primeras vocaciones nativas o "criollas" para abrazar el sacerdocio o la vida religiosa. El primer nativo de la isla en ser ordenado sacerdote es el Padre Francisco de Liendo, hijo del conocido arquitecto, que recibió las órdenes en 1548, habiendo estudiado en Puerto Rico bajo la dirección del Obispo Bastidas.<sup>3</sup>

Durante este largo primer período, se abren el primer seminario conciliar, es decir, según las disposiciones del Concilio de Trento, se crean "estudios generales" en los conventos de los dominicos, mercedarios y franciscanos, y mediado el siglo —en 1650— llegan los jesuitas, que abren un colegio, pasan a hacerse cargo del Seminario y, posteriormente, establecen la segunda universidad real y pontificia, mediado ya el siglo XVIII.

Declina este primer período al acercarse la última década del siglo XVIII. La expulsión de los jesuitas en 1767, la cesión de la isla a Francia en 1795, y, por fin, el éxodo de los religiosos y el consiguiente despojo de las propiedades eclesiásticas, cierra definitivamente la primera etapa de la historia de la vida religiosa en Santo Domingo.

## SEGUNDA ETAPA: SUPERVIVENCIA

La segunda etapa, aunque no tenga tanta actividad ni destaquen hechos o fundaciones, es una de las más amplias: abarca de 1808, en que ocurre la reincorporación —la mal llamada Reconquista—, de la colonia a España, hasta la fecha de la intervención militar norteamericana en 1916. Es decir, los hechos históricos son sumamente importantes —primera independencia, ocupación haitiana, separación de Haití, reincorporación o anexión a la corona española, guerra de Restauración, segunda independencia, tiranías de Báez y el General Heureaux, y, por fin, pérdida de la soberanía e intervención armada de Estados Unidos. Pero, los hechos y la actividad religiosa no sigue el mismo curso que la historia que llamamos "civil", aunque esta etapa constituya una especie de afianzamiento de la iglesia nacional, y los religiosos jueguen un papel menor en ello.

Durante muchos años, sólo quedan algunos religiosos aislados —unas cuantas religiosas ancianas en el convento de Regina, y algunos religiosos atendiendo parroquias rurales. Con la anexión a España en 1861, se intenta la vuelta de los religiosos que salieron al incorporarse el territorio del Este a Francia, pero no se logra más que el establecimiento a partir de 1873 de cuatro órdenes religiosas: las hermanas del Cardenal Sancha (1873), los eudistas franceses, para hacerse cargo del Seminario Conciliar (1907), los capuchinos (1909) y las hermanas mercedarias (1910).

Mientras tanto, el panorama de la iglesia dominicana se ha ido deteriorando. Cuando se incorpora la República a España, hay únicamente veintisiete sacerdotes, para una población de 207,700 habitantes. De esos veintisiete sacerdotes, veinte eran dominicanos. De los restantes, cuatro eran españoles, dos franceses y un italiano. Por eso, el arzobispo Monzón, que llega con las tropas españolas al incorporarse la República, tiene que traer consigo un buen número de sacerdotes que regresarán a España acompañando a las tropas en 1865, al terminar la guerra de Restauración, e iniciarse la segunda república.<sup>4</sup>

El panorama mejora levemente al llegar el final de este largo período. A la hora de llegar las tropas de ocupación de los Estados Unidos, hay una población de 638,000 habitantes, y los sacerdotes son sesenta y cuatro: cincuenta y un dominicanos y trece extranjeros.

## TERCERA ETAPA: RECONSTRUCCION

La tercera etapa es relativamente breve. Abarca apenas cuarenta y cinco años. Se inicia con la intervención militar norteamericana y termina con la caída de la tiranía de Trujillo en 1961. La iglesia dominicana ha seguido su labor de afianzamiento como iglesia nacional, o lo que podríamos llamar "proceso de dominicanización". En este período, ocurrirán cambios en la formación sacerdotal e incluso en la concepción del sacerdote, sobre todo, al enfrentarse dos maneras de pensar en las personas de Monseñor de Meriño y Monseñor Adolfo A. Nouel, y sobre todo, el liderazgo de la actividad pastoral vuelve a pasar a manos de las órdenes religiosas, extranjeras en su mayoría.<sup>5</sup>

En 1923 llegan los claretianos para hacerse cargo de la dirección del seminario. En 1925, llegan los salesianos para dedicarse a la educación de la juventud, y en 1927, se establecen los agustinos recoletos. Una vez afianzada la dictadura de Trujillo, y siguiendo los pasos de Monseñor Nouel, se inicia el "boom" de las órdenes religiosas, que llega a su punto climático en los años cuarenta y cincuenta. En total, llegan al País once congregaciones masculinas, quince femeninas, y se funda una congregación femenina dominicana.

En 1933 llegan los hermanos de La Salle, en 1936 se establecen los jesuitas en la misión fronteriza y los misioneros del Sagrado Corazón se dedican al trabajo parroquial; en 1937 llegan las hermanas salesianas; en 1943 las apostolinas; en 1945 las Dominicas del Adrian; en 1946 los redentoristas; en 1947, las hermanas dominicas del Rosario; en 1948, las del Perpetuo Socorro, las *carmelitas teresas de San José* y las hermanas de la Virgen María del Carmelo; en 1951, llegan los escolapios; en 1952 las Hijas de la Caridad; en 1954, se reestablecen los dominicos y llegan los agustinos, los misioneros de los Sagrados Corazones y las Hermanas de la Inmaculada Concepción, y se funda la congregación de las Hermanas Misioneras de la Altagracia. En 1955 llegan las hermanas de los Angeles Custodios, y las jesuitinas. Un año después se establecen las misioneras de los Sagrados Corazones y los terciarios capuchinos; y en 1958, a punto casi de iniciarse las hostilidades con el gobierno de fuerza, llegan las religiosas del Inmaculado Corazón de María.

Como es bien sabido de todos, el gobierno de la tiranía redujo a la iglesia a su papel meramente espiritual, al tiempo que desempeñaba, quizás sin quererlo o sin saberlo, el importante papel de legitimadora del Estado.<sup>6</sup> Como también sabemos todos, el interés en establecer órdenes religiosas extranjeras es algo muy bien pensado, sobre todo, cuando comprobamos que la actividad de éstas se redujo al campo de la enseñanza, el trabajo parroquial y el de asistencia sanitaria.

#### CUARTA ETAPA: EN BUSCA DE LA IDENTIDAD

Para entender por qué le damos este título a la última etapa de la vida religiosa en la República Dominicana, es preciso recordar que este período coincide con la celebración del Concilio Vaticano II y su secuela, con el triunfo de la revolución cubana, la caída de las tiranías en otros lugares del Continente, la revolución dominicana, el cuestionamiento de la pastoral tradicional, la conferencia de Medellín, el surgimiento de nuevas corrientes teológicas y, en fin, la *crisis de las órdenes religiosas*, contagiada a veces de Europa, y otras veces, surgida en el seno de la misma Iglesia dominicana.<sup>7</sup>

Son pocas las órdenes establecidas en el País desde 1961. Un año después de la caída de la tiranía, se establecen los franciscanos y queda constituida la primera junta directiva del Corazón de Jesús. En 1972 llegan las religiosas Concepcionistas de la enseñanza, y dos años después el Instituto Amistad Misionera en Cristo Obrero (AMICO). En 1976, se bendice el primer monasterio de Carmelitas en La Vega, y en la década del ochenta se reduce prácticamente ya el movimiento religioso extranjero, a no ser por el retorno de las clarisas, después

de casi cuatro siglos de haberse establecido en la colonia, siendo la primera congregación femenina en hacerlo y la llegada de las Misioneras de la Caridad, mejor conocidas como "las de la Madre Teresa de Calcutta".

Actualmente, si las estadísticas no han envejecido prematuramente, hay sesenta y cinco órdenes religiosas establecidas en el País. De ellas, veinticinco son masculinas, cuarenta son femeninas, y cuatro de éstas son de fundación dominicana. Las cifras totales de religiosos son las siguientes: más de mil ochocientos, de los cuales más de ochocientos son dominicanos y unos novecientos ochenta son extranjeros, predominando los españoles —unos setecientos noventa—, y los latinoamericanos —unos ciento noventa.

## CONSTANTES Y BALANCE PROVISIONAL DE LA VIDA RELIGIOSA

Han pasado casi cinco siglos desde la llegada de los primeros evangelizadores religiosos a suelo dominicano. Los que siguieron los pasos de Fr. Bernardo Boyl, fueron dejando huellas más o menos brillantes. A veces con la bandera de la Justicia, como la gloriosa labor de los primeros dominicos, a veces con el abrigo fácil del conformismo, los religiosos y religiosas han vivido los mismos altibajos de la historia dominicana. Es decir, la existencia y la maduración del trabajo encomendado a las órdenes religiosas ha estado sometido al movimiento social y económico que prevaleció en el País en cada momento de su historia.

Por eso, durante la tiranía de Trujillo, las órdenes religiosas se vieron favorecidas con facilidades tales, que permitieron su expansión y crecimiento, incluso con vocaciones nativas. La dedicación de los religiosos y religiosas sobre todo a la enseñanza, como decía antes, los convertía a cambio de las exenciones y los privilegios en eslabones bien útiles de la instrumentalización de la Iglesia por parte del estado tiránico.

Por su naturaleza misma y su origen extranjero, en su gran mayoría, las órdenes religiosas no han sido siempre el factor de cohesión que la iglesia dominicana necesitaba siempre para mantener su hegemonía moral. Tanto en tiempo de la colonia como al iniciarse el siglo XX, las órdenes religiosas han sido un factor o un agente más de transculturación, que evidentemente retrasó el proceso de maduración de la nacionalidad y, más aún, de la cultura. Aún hoy día, aunque sólo sea en el campo reducido de los libros de altar, misales, textos de teología y hasta revistas católicas, seguimos ligados a la iglesia española. Incluso nuestro contacto con la iglesia romana ha sido siempre a través de la iglesia española, aunque esto parezca un poco exagerado.

Hasta el siglo XX, y a partir de la tercera república, no se registran fricciones de las órdenes religiosas con la jerarquía eclesiástica. No podía haberla, por supuesto, cuando incluso los religiosos gobernaban la iglesia, sobre todo en los siglos XVI y XVII. De cuarenta y seis obispos residenciales en la historia de la iglesia dominicana, veintidós han sido religiosos, desde el franciscano Fr. Andrés de Carvajal (1568-1577), hasta Monseñor Fabio M. Rivas (salesiano), que gobierna la diócesis de Barahona desde 1976.

Además de los problemas concretos de cada situación histórica, hay un elemento que podría ser fuente de tensiones, y lo ha sido en ciertos momentos de la historia. Aunque todos hayamos aprendido un nuevo concepto de la vida religiosa *en y para* la Iglesia, hay que recordar que en algunos momentos de su historia, —al menos en el siglo VI y, posteriormente, al surgir las cuatro órdenes mendicantes en el siglo XIII—<sup>8</sup> la vida religiosa no era sólo una forma de huir del mundo ("fuga mundi"), sino también una forma de protesta contra las corruptelas de la Iglesia jerárquica. Así, la vida religiosa se convierte en una "fuga Ecclesiae", al tiempo que las viviendas y el modo de vida la separan también del mundo, del "saeculum".<sup>9</sup>

Quizás porque aún está latente en nuestro modo de proceder, por muchos documentos que hayamos leído, por mucho que Roma haya hecho girar la Historia, a los religiosos se nos ha echado en cara que no sabemos bien qué es eso de la Iglesia, ni cómo funciona, ni qué pretende. Nuestra separación del mundo estrictamente eclesiástico, la renuncia de muchos de nosotros al poder, acentúan más esa "fuga Ecclesiae", y pueden hasta incapacitarnos como agentes de *una sola pastoral p*, como se nos ha acusado en los últimos años, incapaces de someternos a *un solo magisterio*.

Probablemente no sea necesario aclarar por qué las órdenes religiosas, a partir de la apertura y el cuestionamiento del Vaticano II, entran en crisis. Después de todo, y a pesar de las defecciones y hasta las divisiones y subdivisiones de las órdenes femeninas sobre todo, la crisis ha sido —o así lo esperamos— una *crisis de crecimiento* o de identidad, que debe abrir caminos de esperanza, en vez de cerrar salidas al futuro. La crisis ha tomado muchas veces, como decía antes, la forma de un *enfrentamiento o mejor de una toma de conciencia* de la autoridad en la Iglesia. Es posible que la crisis siga o tome nuevas formas; todo depende de los vientos que agiten a la Iglesia y a la sociedad misma, en torno a las que gira la vida religiosa.

Quizás a muchos les parezca que el título de esta charla debería cambiarse al llegar al final. ¿Qué caminos de esperanza se abren a la vida religiosa dominicana después de esta reflexión tan poco esperanzadora? Si la vida religiosa en la República Dominicana ha estado y está agitada de tantos factores (sociales, económicos, históricos), ¿no tendremos que hacer un examen de conciencia y pagar el reato de nuestros errores del pasado con nuestras crisis del presente? En fin, ¿qué papel nos toca a los religiosos, tanto dominicanos como extranjeros, en este pueblo que ha sufrido, ha sido pisoteado, presa de la ambición de unos o las necesidades estratégicas de otros, *más grandes y menos cristianos, sin duda, que él?*

Hace ya cinco años, coincidiendo con la visita del Papa Juan Pablo II a nuestro País, un grupo de religiosos nos embarcamos en la tarea de escribir la Historia de la Vida Consagrada en Santo Domingo. Quizás en ese momento me faltaban muchos cabos por atar para comprender mejor el problema, pero veía ya con cierta claridad esa trayectoria zigzagueante de la vida religiosa dominicana en cinco siglos de existencia. Y a la hora de ponerle un título al trabajo de recopilación, no dude en llamarla "Testigos de la esperanza". Y, no sólo porque me gusta ser hombre de esperanza y ver las cosas con un rescoldo aún, incluso

cuando otros las dan ya por muertas o apagadas. Le llamé así porque los religiosos, de aquí y de allá —eso no importa— han sido testigos de que hay algo más allá del trabajo apostólico o del bamboleo socio-político que nos agita. Testigos de esperanza porque ahí está también lo que tenemos obligación de inyectar en el cristiano desde el Bautismo.

A veces, hemos sido “testigos de una esperanza inalcanzable —escribí en 1979—, revestida de una forma cultural ajena y, quizás inalcanzable, incluso enajenante. Pero, la misma Historia, ha enseñado a los religiosos en casi cinco siglos de experiencia, que la Buena Noticia está aún por descubrirse en medio de este pueblo, y que la tarea de la Evangelización es un reto, un compromiso y una vivencia común.”<sup>10</sup>

Sigo creyendo lo mismo, aunque ese colofón a la primera historia de la vida religiosa en Santo Domingo, tenga mucho de retórico y casi de oración personal. Y, sobre todo, creo que tenemos caminos de esperanza, que tenemos que rebuscarlos, desbrozarlos y hasta descubrirlos de nuevo si es preciso. Somos parte de una sola Iglesia, aunque se nos haga difícil vivir con ella por nuestra naturaleza independentista y hasta autosuficiente a veces, y tengamos que replantearnos nuestro papel en otros términos.

Quizás nuestros caminos, al menos en lo que nos queda de siglo, tendrán que sufrir ciertos ajustes, pero es mucho mejor pensar, planificar y prever *ahora*, que no esperar a la hora de la crisis para hacer reajustes precipitados, como sucedió en los años finales de la década del sesenta. Quizás tendremos que ligarnos a unas cosas, instituciones, ambientes, etc., y desligarnos paulatinamente de otras, sobre todo las que nos anquilosan y nos mantienen el corazón muy lejos, sobre todo, cuando ese *más lejos*, es del otro lado del Atlántico. Y, sobre todo, aprendamos de los religiosos que nos precedieron cinco siglos atrás, sobre todo de su amor y respeto sinceros a esta tierra y a sus legítimos dueños. Sólo se siembra algo donde verdaderamente se ama, y puede uno ver cómo se yergue el tronco y reverdean las hojas. Los religiosos no somos funcionarios en territorio de misión por un tiempo limitado, que reciben un salario y, un buen día, volverán a lo suyo. Somos “testigos” de una esperanza, y queremos repartirla y compartirla con los hombres y mujeres de esta tierra, a la que tenemos que llamar también *nuestra*. Es el único camino que se abre a nuestra vista. En realidad, siempre ha sido el único, y lo sabíamos bien, pero encontramos más fácil hacer un rodeo, y nos quedamos sentados a su vera, incontaminados y lejanos, mientras la Historia pasaba de largo. No nos preguntemos si hay esperanza. Preguntémonos más bien si hay camino.

## NOTAS:

\* Ponencia presentada en la asamblea anual de la Conferencia Dominicana de Religiosos (CONDOR) el 23 de marzo de 1984.

1. Juan F. Pepén, *La cruz señaló el camino* (Ciudad Trujillo. Editorial Duarte, 1954).

2. Los períodos enumerados aquí, se corresponden, con ligeras variantes, con los usados en

mi obra *Testigos de la esperanza: Historia de la vida religiosa en Santo Domingo* (Santo Domingo: CONDOR, 1979).

3. Cfr. Fr. Cipriano de Utrera, O.F.M., "Don Francisco de Liendo: Canónigo de la Catedral de Santo Domingo, primer sacerdote dominicano", *Parfilia*, Año I, n. 18 (30 de marzo 1924), pp. 6-8.
4. Cfr. Iván Labbé, M.S.C., *El Clero y las vocaciones sacerdotales en República Dominicana* (Santo Domingo: Amigo del Hogar, 1976), p. 45.
5. Cfr. Hugo E. Polanco B., *Seminario Conciliar Santo Tomás de Aquino (1848-1948)*. Ciudad Trujillo, 1948, p. 70 ss. Véase también Iván Labbé, *op. cit.*, pp. 44-49.
6. Cfr. José L. Alemán, S.J., "Religión y sociedad dominicana en los años mil novecientos sesenta", *Estudios Sociales*, Año VII, n. 3 (Julio-septiembre 1974), p. 123 ss.
7. Cfr. William Wipfler, *Poder, influencia e impotencia: La Iglesia como factor socio-político en República Dominicana* (Santo Domingo: CEPAE, 1980), pp. 148 ss.
8. Cfr. Clovis Lugon, *Les religieux en question: Problemes de vie religieuse* (París: Les éditions du Cerf, 1968).
9. Cfr. Bernardino Llorca y otros, *Historia de la Iglesia Católica*. Vol. I (Madrid: BAC, 1976), pp. 600-620. Friedrich Wulf, "Fenomenología teológica de la vida religiosa", *Mysterium Salutis*, Vol. VI-2 (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1969), pp. 438 ss.; Clovis Lugon, *op. cit.*, pp. 105-114.
10. José L. Sáez, S.J., *op. cit.*, p. 138.